JAN STRÁNSKÝ

HEPTAPOEIA

I. HAOMBRE

Mano Izquierda Editores

Jan Stránský
HEPTAPOEIA
I. HAOMBRE

Fotografía Portada: Andrew Kliatskyi by Unplash.
Fotogafía Contraportada: Andrew Kliatskyi by Unplash.

Edición bajo el cuidado de Mano Izquierda Editores.

Circa, 2026.
Lima – Perú.

JAN STRÁNSKÝ

HEPTAPOEIA

I. HAOMBRE

Mano Izquierda Editores

Quince mil millones de cuerpos sostienen el peso del aire,
un enjambre de huesos que camina sobre la corteza agotada.
En este año dos mil ciento noventa y nueve,
resulta difícil distinguir dónde termina el hombre
y dónde comienza el hambre que lo habita;
ambos se han vuelto la misma arquitectura de la necesidad,
un mecanismo que consume para existir y existe para ser consumido.

En las arcadas verticales de la metrópoli,
el trigo ya no conoce el sol ni la tierra húmeda:
es una cadena genérica sintetizada en cubos de proteína,
alimento transgénico diseñado para acallar el estómago
sin llegar jamás a nutrir la dignidad del hombre.
Y sin embargo, en los muelles de carga del hemisferio norte,
toneladas de esta materia comestible se pudren en la sombra,
desperdiciadas por las cuotas de un mercado ciego,
mientras a pocos kilómetros el hambre roe las gargantas
de quienes son arrojados al despojo.

El oro reposa como un metal inútil en las catacumbas del siglo pasado;
su brillo ya no compra la lealtad ni el dominio del mundo.

Ahora la hegemonía pertenece a los yacimientos de Litio-Filtrita,
el mineral denso capaz de tamizar las toxinas del ambiente
y extraer la última gota limpia del subsuelo.
Las antiguas potencias, ahogadas en sus viejas deudas y su grasa,
colapsaron frente a los nuevos dominios de la franja ecuatorial,
cuya fuerza no reside en los ejércitos, sino en el control de las napas.

En esta nueva jerarquía, el rango social se mide en el cristal:
una botella de agua natural, embotellada de fuente profunda,
es la insignia suprema en las mesas del privilegio.
Sostener la pureza sin matices es la prueba del poder,
mientras la masa de quince mil millones bebe el fluido reciclado de las plantas,
un agua con sabor a metal y a filtro gastado
que apenas pospone el colapso del cuerpo.

El hombre del dos mil ciento noventa y nueve es su propio capataz;
no necesita cadenas externas porque el hambre es la orden perfecta.
Trabaja dieciocho horas en la extracción del mineral o el mantenimiento de los bloques
para adquirir la ración exacta que le permita despertar mañana.
Es una esclavitud sin látigos, aceptada como la única forma del pulso,
donde el individuo se desgasta a sí mismo en una combustión lenta,

malgastando su existencia en la línea de montaje de su propia supervivencia.

Hay una simetría oscura en este desgaste:
cuanto más se desperdicia la vida del hombre en los turnos sin fin,
más se acumula el desperdicio en los vertederos del planeta.
El hombre se consume por dentro para alimentar la máquina,
mientras la máquina escupe toneladas de insumos que nadie llegará a probar.
El hambre no es la ausencia de recursos en este siglo,
sino la forma en que el sistema administra la obediencia.

El hambre moldea las manos del hombre y el hombre moldea la forma de su hambre.
En las calles superpobladas, el contacto humano es solo roce de carne cansada;
las aspiraciones han sido reducidas a la escala del plato diario.
Las viejas ideologías que prometían la abundancia
son hoy manuscritos sepultados bajo las torres de purificación.
Las potencias emergentes no hablan de libertad ni de historia:
administran la hidratación, racionan la proteína sintética
y miden la productividad en litros de sudor extraído.

El hombre ha quedado atrapado en el círculo de su propia fisiología.
Su trabajo genera el alimento transgénico que consume,
y ese alimento le otorga la energía justa para volver a ser explotado.

El hambre ya no es una crisis pasajera o una sequía estacional:
es la condición permanente de la especie,
el motor que mueve las ciudades verticales y la moneda invisible que paga el trabajo.

Visto desde la altura de las plataformas orbitales,
el planeta brilla con una luz metálica y seca.
Quince mil millones de almas se apretujan en la penumbra de los niveles inferiores,
mirando el reflejo de las botellas de agua pura en los escaparates blindados.
El hombre comprende finalmente la naturaleza de su era:
ha transformado el mundo en una despensa clausurada
donde el verdadero desperdicio no es la comida arrojada al mar,
sino el tiempo, la conciencia y la vida que se escapan sin dejar rastro.

El hambre permanece cuando la jornada termina y la luz artificial se apaga;
no se satisface con la dosis genérica de nutrientes ni con el agua filtrada.
Es un vacío más profundo, la certeza de que la especie
se devoró a sí misma para construir su propio cautiverio,
dejando que el hambre sea el único testimonio
de lo que alguna vez significó ser un hombre.

El estallido de la abundancia sintética dividió al cuerpo en dos espejismos:
la anorexia del privilegio, el rechazo a la masa genérica que nutre,
el deseo de moldear el hueso hasta volverlo inmaterial como el aire;
y la obesidad deforme de los niveles inferiores,
donde la pasta transgénica se acumula como un sedimento tóxico en los tejidos,
un peso muerto que hincha las extremidades de la muchedumbre sin darles fuerza.

Surgió entonces la purga como un ritual de desesperación:
la bulimia de quienes devoran el racionamiento industrial para luego devolverlo al drenaje,
un intento inútil por vomitar el veneno de la época,
por sacudirse de las entrañas el rastro del laboratorio.
El cuerpo del hombre y de la mujer se convirtió en un campo de batalla
donde la estética es una cicatriz y el alimento, una sentencia.

Para sobrevivir a la jornada ininterrumpida,
la carne tuvo que pactar con el metal y la fibra sintética.
El cyborg del dos mil ciento noventa y nueve no es una utopía de poder,
sino una prótesis obligatoria contra el colapso biológico:
estómagos mecánicos que procesan el residuo químico,
filtro-pulmones que convierten la toxina ambiental en aliento

y moduladores neuronales que apagan la señal del hambre antes de que toque la conciencia.

En este ensamble de carne y titanio, el hombre cede su biología a la máquina,
mientras la mujer integra aleaciones en su vientre para resistir los vapores del subsuelo.
Pero bajo el blindaje de cromo y los hilos de biopolímero,
el órgano fantasma sigue latente:
un dolor que los circuitos no logran silenciar,
la memoria sorda de cuando la vida no dependía del mantenimiento eléctrico.

El derecho al alimento es una cifra grabada en los códigos de clase.
En los márgenes de la metrópoli,
las minorías son borradas del reparto con la frialdad de un error de cómputo:
la mujer reducida a la escala del trabajo no pagado,
el cuerpo trans que el sistema no clasifica en sus dispensadores automatizados
y al que se le deniega la clave de acceso a la proteína limpia,
el hombre cuyo rendimiento decayó y fue desconectado de la cuota hídrica.

Los derechos en el siglo veintidós son reliquias escritas en lenguajes muertos.
El hambre se administra como un filtro disciplinario:

quien no encaje en la norma del molde productivo
es arrojado a las alcantarillas del desecho,
a disputar el agua servida con las máquinas descartadas.

En las fronteras de esta civilización superpoblada,
los cuerpos excluidos (hombres, mujeres, identidades disidentes)
comparten la misma penumbra y la misma sequedad en los labios.
Ya no hay diferencia entre el implante desgastado del cyborg
y la piel marchita de quien ha rechazado la ración sintética.

El hambre en 2199 ha completado su obra:
ha revelado la falsedad de una era que prometió vencer a la naturaleza
solo para convertir el pan y el agua en instrumentos de dominación.
Bajo la sombra de las torres de filtración,
la carne lastimada sigue recordando lo que el sistema intentó borrar:
la nutrición no es una concesión del mercado,
sino la condición primera para seguir siendo humano.

Mano Izquierda Editores